II DOMINGO DE PASCUA o de la Divina misericordia C

"¡Señor mío y Dios mío!"

El Evangelio de este Domingo habla de dos apariciones del Señor Resucitado, en ambos casos, estando sus discípulos reunidos en un cuarto a puertas cerradas. La primera es al atardecer de 'aquel día', es decir, el mismo día en que el Señor había resucitado. La siguiente aparición del Señor resucitado a sus discípulos, relatada por el evangelista San Juan, se producía "ocho días después" (Jn 20,26) en aquel mismo lugar en el que se encontraban reunidos (ver Jn 20,19.26). Por todo esto muy pronto a este día se le denominó Día del Señor, en latín "Dies Domini" o "Dominica dies", de donde proviene nuestra palabra "Domingo".

"El Domingo es el día de la fe por excelencia, día en que los creyentes, contemplando el rostro del Resucitado, estamos llamados a repetirle como Tomás: "Señor mío y Dios mío" (Jn 20,28), y a revivir en la Eucaristía la experiencia de los Apóstoles, cuando el Señor se presentó en el cenáculo y les comunicó su Espíritu" (S. S. Juan Pablo II).

En cuanto a la primera aparición recuerda San Juan que «estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: "Paz a ustedes"» (Jn 20,19). La paz es el don por excelencia de Cristo crucificado y resucitado, fruto de la victoria de su amor sobre el pecado y la muerte. Entregándose a sí mismo, víctima inmaculada de expiación en el altar de la cruz, derramó sobre la humanidad la ola benéfica de la Misericordia divina. Por tanto, Jesús es nuestra paz, porque es la manifestación perfecta de la Misericordia divina. Él infunde en el corazón humano, que es un abismo siempre expuesto a la tentación del mal, el amor misericordioso de Dios.

Muchos, al no saber dónde encontrar esa paz del corazón que consigo trae la alegría y el gozo profundo, no hacen sino recorrer desquiciadamente los caminos de la evasión. La diversión superficial, la alegría efímera, las borracheras, el gozo o el placer de momento, parecen hacer olvidar la a veces insoportable carga de angustia y dolor que oprime el corazón. Tales "soluciones" o salidas fáciles no traen sino una falsa paz, una efímera euforia. ¿Cuántos lloran en secreto, mientras externamente fuerzan la sonrisa y la alegría, queriendo olvidar y esconder su propia carga de sufrimiento y angustia porque no saben qué hacer con ella? El remedio que ofrece la cultura de muerte termina siendo peor que la enfermedad, y aquello que parece llenar un vacío y traer el consuelo a un corazón roto y dividido interiormente, al pasar el efecto paliativo no trae sino una mayor carga de frustración, de angustia, una mayor sensación de vacío, de soledad y sinsentido en la vida. Atrapados en esa espiral desgastante, sin saber dónde o sin querer buscar la fuente de la verdadera paz, no hacen sino consumir "dosis" cada vez más elevadas de la misma "droga".

La verdadera y profunda paz que anhelan nuestros inquietos corazones está en Cristo: porque Dios nos ama, nos ha enviado a su propio Hijo para que en Él

encontremos la paz que tanto necesitamos: "¡Él es nuestra paz!" (Ef 2,14). Él, cargando sobre sí nuestros pecados, reconciliándonos con el Padre en la Cruz, nos abre el camino a una profunda reconciliación y armonía con nosotros mismos, con todos los hermanos y con toda la creación.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)